

## FRAGMENTO DE HIPERION

Johann Christian Friedrich Hölderlin

Prólogo, traducción y notas de

Manuel Barrios Casares. Universidad de Sevilla

En 1793, Hölderlin y Hegel abandonan la fundación seminarista protestante (*Stift*) de Tübingen, se despojan de sus oscuros hábitos de estudiantes de teología con la misma sensación de alivio con que dejan atrás el "sobrenaturalismo" de Storr, así como demás artificiosos intentos de la ortodoxia eclesiástica por compaginar el espíritu de la Ilustración con la creencia tradicional en los milagros, y emprenden la aventura prerromántica del naciente Idealismo alemán, la tarea, vital y filosófica a un tiempo, de concebir la unión de lo real y lo ideal, de lo finito y lo infinito, devolviendo así su divinidad perdida a la tierra de los hombres. Es una empresa a la que inicialmente ambos acceden alentados por la obra crítica de Kant, atraídos por su reivindicación de la soberanía de la razón frente a las apariencias sensibles, la autoridad y el dogma. Y, sin embargo, muy pronto los límites que el sujeto transcendental Kantiano evidencia ante un proyecto filosófico de tales características son advertidos por sus jóvenes y entusiastas herederos; de hecho, éstos amplían el talante crítico observable en el pensador de Königsberg, hasta el punto de llegar a concebir y fundar finalmente la sospecha de que la propia filosofía Kantiana termina por albergar dentro de sí restos de aquella óptica del desgarramiento que ellos pretenden superar, como otra justificación ideológica más de la misma.<sup>1</sup>

No llama la atención, por tanto, en medio de tal ambiente, la circunstancia de que Hölderlin haya ido madurando sus personales convicciones filosóficas a partir del contraste con la letra y el espíritu Kantianos, dotando también de cierta ambigüedad su postura al respecto, desde la admiración inicial hasta el enfrentamiento claro y decidido con dicho pensamiento, en base a presupuestos teóricos de alcance ontológico y orientación panteísta.

<sup>1</sup> "Nadie contribuyó más que Kant a levantar el entusiasmo escatológico y, sin embargo, de éste precisamente proviene la raíz de la crítica contra Kant, la correspondencia de Hegel a Berna muestra ya la conciencia expresa de que su generación es la encargada de construir un nuevo mundo, ante el que todos los grandes nombres del momento son precursores. De ella extraen los amigos de Tubinga y Frankfurt el impulso creador, y la independencia frente a los hombres que admiran. Así creen descubrir en esta filosofía la misma dominación despótica a que se oponen en la vida real. Ya la primera página de las *Cartas sobre Dogmatismo y Criticismo* de Schelling, y más aún la figura de Alabanda en el *Hyperion*, acusaban a la filosofía de la reflexión de interiorizar fielmente una situación despótica, siendo así incapaz de alcanzar la reconciliación". (Ripalda, J. M<sup>a</sup>., *La Nación Dividida. Raíces de un pensador burgués: G.W.F. Hegel*. Madrid, F.C.E., 1978, pág. 225).

En efecto: *por una parte*, Hölderlin aprende del Kantismo a reconocer en la religión cristiana meramente sus valores humanos, desligándolos de todo tipo dentro de su universo especulativo con la función afirmativa y revolucionaria que posee ahí su propia imagen idealizada del pasado helénico. Así nos lo indica una carta suya, escrita desde Walterhausen, en 1794, donde cuenta a su amigo Hegel: "Kant y los griegos son casi mi única lectura. Sobre todo trato de asimilar la parte estética de la filosofía crítica".<sup>2</sup>

Precisamente por representar para él una síntesis modélica de todos los elementos idénticos ahí aludidos y gratos a su mentalidad (el helenismo), la filosofía Kantiana, las reflexiones estéticas), es por lo que Schiller hubo de causar tan honda conmoción en el ánimo del poeta. Fue ciertamente bajo su sombra protectora como llevó a buen término una de sus producciones poéticas iniciales más logradas, los *Himnos a los Ideales de la Humanidad*. Mediante ellos, tal como señala W. Dilthey en *Vida y Poesía*, "Hölderlin rebasa (...) el idealismo Kantiano con la coincidencia de la afinidad entre el hombre y la fuerza divina"<sup>3</sup>. Por lo demás, debemos subrayar a propósito el hecho de que Hölderlin consigue tal objetivo en sus *Himnos* sin separarse tampoco por ello de las peculiaridades mismas inscritas en la comprensión schilleriana del pensamiento Kantiano, antes al contrario: pues sucede que es propiamente de Schiller de quien él recibe tanto la valoración positiva de ciertas ideas de Kant, cuando la voluntad de superar la filosofía crítica en lo que ésta posee de imagen dualista del individuo y de la realidad, y ello en la dirección especulativa que sugiere el ensayo schilleriano *Gracia y Dignidad*, o sus

*Cartas sobre la educación estética del hombre*. Es por eso por lo que ya desde la época de su estancia en Walterhausen, donde prosiguió la redacción de su obra, comenzada en Tübingen, *Hyperion, oder der Eremit in Griechenland*, intensificando este último aspecto, Hölderlin desarrolla, *por otra parte*, una actitud crítica bastante radical contra la disección Kantiana del hombre en facultades aisladas, e incluso contrapuestas.

De dicho rasgo nos ofrece igualmente un fiel reflejo el fragmento de su novela *Hiperión*, terminado hacia el otoño de 1794 y publicado por Schiller ese mismo año en la revista *Thalia*: razón por la cual el texto que aquí presentamos, el *Fragment von Hyperion*, se conoce también con el nombre de *Thalia-Fragment*.

La filosofía de Hölderlin surge, así pues, en relación dialéctica de contraste con el Kantismo, pero en comunidad de diálogo con las concepciones estéticas y filosóficas de Schiller. Ahora bien, su proceso de maduración intelectual no se detiene en esta etapa de influencia schilleriana, dentro de la cual los *Himnos* representan su más depurada plasmación; todo lo contrario: muy pronto avanza hasta posiciones idénticas más definidas y autónomas. De ahí el gran interés que posee el *Fragment von Hyperion* con vistas a un estudio histórico-filosófico de la génesis de las primeras formulaciones metafísicas del pensamiento hölderliano; no sólo porque dicho texto esboza ya con claridad una "*Weltanschauung*" alternativa que responde a los límites del criticismo Kantiano, sino además y muy especialmente porque debido a ello Hölderlin establece, de paso, los principios teóricos funda-

<sup>2</sup> Correspondencia de Hegel con Hölderlin y Schelling (1794-1795), en Hegel, G.W.F., *Escritos de Juventud* (Edición de J.M<sup>a</sup>. Ripalda; traducción de Z. Szankay y J.M<sup>a</sup>. Ripalda), Madrid, F.C.E., 1978, pág. 50.

<sup>3</sup> Dilthey, Wilhelm, *Vida y Poesía* (Obras de W. Dilthey, vol. IV), México, F.C.E., 1953 (2<sup>a</sup>. reimp., 1978), pág. 351.

mentales de su alejamiento respecto de Schiller, en dirección hacia su propio Idealismo prerromántico.

En ese sentido, vemos, por ejemplo, cómo el *Hyperionfragment*, de manera similar al joven Schiller, hace del amor una fuerza vivificadora de todos los objetos, más aún, una especie de potencia cósmica que vincula armoniosamente la totalidad de lo real. Sólo que, “a diferencia de lo que ocurre en los *Himnos*, aquí esta fuerza se concibe ya de un modo panteísta”<sup>4</sup>. Y, por todo lo dicho anteriormente, se entiende que tal diferencia es instituida asimismo frente a la visión filosófica schilleriana. Así es: en la medida en que integra este concepto de amor dentro de su propia ideación de la naturaleza como esencia unificadora de toda la realidad, como verdadero Ser del ente<sup>5</sup>, como Absoluto en fin, Hölderlin trasciende con ello la comprensión schilleriana al respecto. Del mismo modo deja atrás una consideración del entusiasmo de valor casi exclusivamente práctico o estético, en favor de una articulación suya de orden metafísico.

Pues bien: todo ello ha de ser tenido en cuenta a la hora de apreciar el influjo (relativo en este caso) de las ideas filosóficas de Schiller sobre el planteamiento programático que al inicio del *Fragmento* realiza Hölderlin; porque, de hecho, éste puede parecer en principio puramente schilleriano: el punto de partida es la simple e *ingenua* organización que nos ha dado la naturaleza, y la meta esa organización *ideal* que nosotros mismos podemos alcanzar mediante la más elevada cultura.

No obstante, la dimensión histórico-evolutiva de la novela *Hyperion*, que ya en el *Fragment* muestra nitidamente los caracteres clásicos de toda “*Bildungsroman*”<sup>6</sup>, se presenta dentro de la formulación hölderliniana con un rigor filosófico y un alcance distintos, más amplios y profundos a los suministrados por la técnica narrativa propia de Schiller. En lo que se refiere al plano del contenido, ello viene determinado, en primer lugar, por la concreción del panteísmo hölderliniano bajo la figura privilegiada de la Naturaleza.

Ciertamente, es el hecho de que la Naturaleza sea concebida aquí como un Absoluto de signo panteísta lo que confiere su peso específico, su peculiarísimo sentido, al desarrollo espiritual del sujeto que se describe en el *Hyperionfragment*. Totalidad e individuo se confunden en el transcurso mismo del proceso, y, por idéntico motivo, origen y fin, Naturaleza y Cultura, revelan así su parentesco esencial; de tal forma que el acceso definitivo al último estadio de evolución del espíritu se descubre a la vez como principio de retorno al momento primigenio, a la inmediata comunidad con el mundo natural. Ideal de la Naturaleza e ideal de la Cultura constituyen, por tanto, dos senderos alternativos, dos estilos paralelos de aspirar a una única e indisoluble realidad. Entre ambos extremos se despliega la *via excéntrica* recorrida por el héroe, Hiperión, de la que Hölderlin nos ofrece un extracto en su *Fragment*.

<sup>4</sup> Dilthey, op. cit., pág. 356.

<sup>5</sup> Heidegger, Martin, *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin* (Introducción de E. Trias; traducción de J.M<sup>a</sup>. Valverde), Barcelona, Ariel, 1983, pág. 147: “La belleza es la presencia del ser. El ser es lo verdadero del ente. A lo verdadero del ente, el poeta del *Hyperion*, el Hölderlin del tiempo de su salida a lo extraño, lo llama siempre *la Naturaleza*.”

<sup>6</sup> “*Bildungsroman*”: “novela pedagógica” o “novela de formación” (Bildung: Cultura); género literario típicamente germano, que florece con el romanticismo y se extiende hasta nuestro siglo, en novelistas como Herman Hesse. El *Wilhelm Meister* de Goethe puede considerarse propiamente como el iniciador de este género, donde lo que se trata básicamente es de narrar la historia espiritual del individuo, desde su infancia o juventud hasta el pleno desarrollo de su madurez vital e intelectual.

Sobre el concepto hölderliniano de "*exzentrische Bahn*" se hace preciso en este punto, por cierto, desarrollar una aclaración más detallada, en tanto en cuanto que su posición sistemática dentro del conjunto de la obra lo confirma como genuino núcleo eidético de la misma. Teniendo en cuenta esto, no es de extrañar que aquellos estudiosos que han pretendido acercarse al *Fragment von Hyperion* se hayan encontrado de entrada con la cuestión de dilucidar el sentido que Hölderlin le confiere ahí a dicho término <sup>7</sup>. Sin duda, ha sido el artículo de Wolfgang Schadewaldt <sup>8</sup>, que en cierta forma inauguró esta línea de investigación en los estudios hölderlinianos, el que ha logrado aproximarse del modo más certero a su significación primordial, al afirmar que el término "excéntrico" está formado aquí originalmente en su primitiva acepción astronómica <sup>9</sup>. En qué sentido, esto es algo que por su parte se ha encargado de explicar con mayor profundidad analítica Pierre Bertaux <sup>10</sup>, destacando a propósito de ello la admiración que Hölderlin sentía por la obra astronómica de otro ilustre ex-seminarista tubingués, Johannes Kepler. <sup>11</sup>

Hölderlin había compuesto, efectivamente, una *Ode an Kepler* en 1789, vinculando así de manera simbólica la revolución en las órbitas celestes con la órbita terrena la Revolución Francesa. Por lo demás, el acceso del poeta a los escritos de Kepler no debía ser algo infrecuente o problemático, toda vez que éstos se hallaban en la biblioteca del "*Stift*" de Tübingen por el tiempo en que él cursaba allí sus estudios. En particular una obra suya en 1596, *De admirabili proportione orbium celestium*, es señalada por Bertaux como más que probable texto inspirador del significado astronómico originario al cual remite la concepción hölderliniana de la *via excéntrica*. Primero, porque ahí Kepler utiliza, en efecto, el término "*via eccentricae*" para referirse a ciertas trayectorias en su explicación del movimiento de los planetas; pero sobre todo porque, en una de sus tablas astronómicas, ofrece una descripción gráfica del modo en que la trayectoria de los sistemas de Saturno y Jupiter resulta enlazada a través de una "vía excéntrica", que reviste una importancia capital para la comprensión del planteamiento hölderliniano en torno al punto de partida de su *Hyperionfragment*: pues cabe decir, sin temor a equivocarse, que la imagen de Hölderlin se forja entonces del vínculo existente entre las dos esferas ideales, Naturaleza y Cultura, así como la función relacional que entre ambas desempeña la *via excéntrica*, responden en gran medida al modelo proporcionado por el esquema kepleriano. En cierto modo, dicha conexión está explícitamente reconocida por el propio Hölderlin, quien da a uno de sus poemas el significativo y esclarecedor título de *Naturaleza y Arte, o Saturno y Júpiter...* Las metáforas mediante las cuales Hölderlin desinga ahí los reinos del Arte (=Cultura)

<sup>7</sup> Para una descripción sintética de las diferentes interpretaciones al respecto, puede consultarse el capítulo VII del importante estudio de Friedrich Strack, *Asthetik und Freiheit. Hölderlins Idee von Schönheit, Sittlichkeit und Geschichte in der Frühzeit*, Tübingen, Max Niemeyer, 1976, pp. 179-196.

<sup>8</sup> Schadewaldt, Wolfgang, "Das Bild der exzentrische Bahn bei Hölderlin", en *Hölderlin-Jahrbuch*, Tübingen, Mohr, 1952, pp. 1-16.

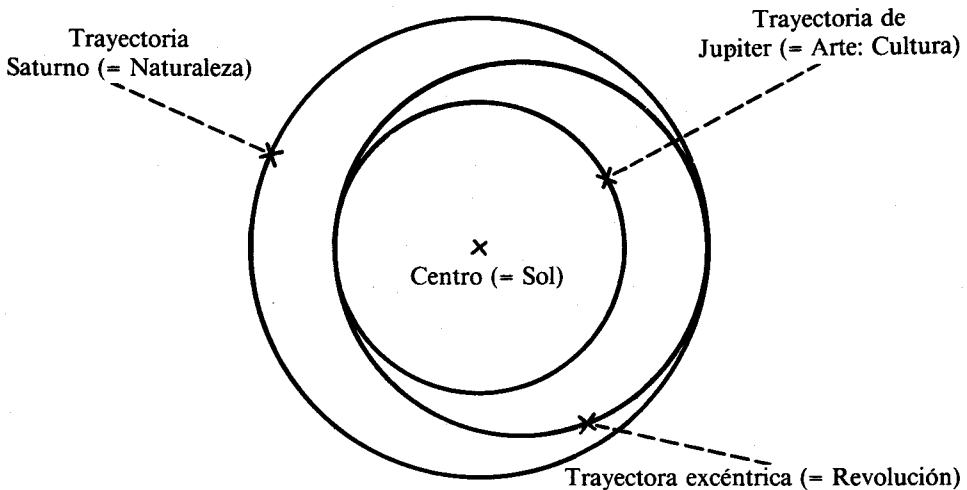
<sup>9</sup> Schadewaldt, po. cit., pág. 2.

<sup>10</sup> Bertaux, Pierre, *Hölderlin und die Französische Revolution*, Frankfurt, Suhrkamp. 1969.

<sup>11</sup> Bertaux, op. cit., pág. 156: "Übrigens hat Kepler nicht nur astronomische Werke geschrieben, sondern auch Abhandlungen über die Harmonien der Welt, deren mögliche Wirkung auf Hölderlin zu untersuchen wäre.

Die Sterne, die astronomischen Ausdrücke und Begriffe spielen bei Hölderlin eine vorrangige Rolle. Wir dürfen auch nicht vergessen, dass das Wort "Revolution" eigentlich zuerst zum astronomischen Wortschatz gehört und die Bewegung eines Himmelskörpers bezeichnet. Die politisch-historische Bedeutung des Wortes ist nur eine übertragene. Nun wissen wir, dass bei Hölderlin, der am Quell der Sprache schöpft, die ursprüngliche Bedeutung eines Wortes immer durchblickt, oder -anders gesagt- mitklingt."

y de la Naturaleza no son tan sólo nombres de dioses griegos o figuras mitológicas, sino también planetas, cuyo recorrido ha sido descrito y calculado con minuciosidad por Kepler. De esa manera, su mencionado esquema, traducido al lenguaje hölderliniano, quedaría tal como lo expresa el siguiente dibujo:



“Ambas trayectorias” –comenta Bertaux (de quien tomamos la figura reproducida arriba)–, “la de Saturno y de Júpiter, resultan unidas a través de una “vía excéntrica”, que señala el tránsito desde una trayectoria concéntrica (así la de Saturno) hasta otra trayectoria concéntrica (así la de Júpiter).

Dentro de la cosmovisión de Hölderlin, la vía excéntrica representa “la revolución”, la travesía desde una antigua patria hasta otra nueva. Las trayectorias concéntricas representan esas dos patrias, donde el hombre, en cada ocasión, se encuentra *en casa*.”<sup>12</sup>

Y bien, tal como anunciamos anteriormente, es en esta estructura teórica donde se funda la significación filosófica primordial del escrito hölderliniano: el proceso de evolución espiritual del hombre ha de entenderse, según esto, como un camino de regreso al Hogar, hacia la intimidad perdida con el Todo, a fin de poseer ahora conscientemente lo que antaño se tuvo de forma ingénua y natural. El eterno retorno de lo idéntico que así supone, pues, la vía excéntrica, manifiesta al mismo tiempo su constitutiva ambigüedad, en la medida en que sin cesar oscila entre lo celeste y lo terreno, entre la aspiración ideal y las limitaciones de la realidad cotidiana.

Pero además, por otro lado, la importancia de centrar la atención en dicho elemento viene determinada por la circunstancia de que es eso lo que nos capacita verdaderamente para comprender hasta qué punto la trama argumental del *Hiperionfragment* coincide ya en lo esencial con la redacción definitiva de la novela, pese a la mayor complejidad estructural de esta última. A grandes rasgos, el trayecto excéntrico de Hiperión es, en ambos casos, el mismo: tras desengañarse del sueño de una fraternidad universal, de su utopía del amor entre todos los hombres (a quienes Hölderlin había exaltado en sus *Himnos a los Ideales de la Humanidad*),

<sup>12</sup> Bertaux, op. cit., pág. 158

Hiperión huye del mundo y se refugia en el amor a un solo ser, Melita (Diotima, más tarde), el cual resulta a su vez sustituido, cuando la relación fracasa, por el amor a la Naturaleza, en cuya secreta fuerza únicamente halla consuelo y nuevas energías.

El *Fragment von Hyperion* es, así entre los dos polos de la vida de la Naturaleza y la vida del Espíritu, un paseo por el amor y el desgarró, un continuo transitar desde el entusiasmo creador hasta el reconocimiento de los límites inherentes a cualquier anhelo humano de Absoluto. En medio de todas esas peripecias del cuerpo y del alma se extiende la trágica certeza que una y otra vez ensombrece el peregrinaje de Hiperión. Ni la promesa futura de un tiempo mejor, ni los gentiles recuerdos de una infancia dorada del mundo (Hélade), ni tan siquiera el cálido afecto de Melita, puede "quitar de su frente el triste soñar": incluso en el amor mismo existen para el amante prerromántico cintas y lazos que lo atan permanentemente a un destino de soledad y melancolía, a una reiterada evocación nostálgica, tal vez de unos tristes ojos claros, tal vez de unos cabellos bañados en crepúsculo, siempre de un horizonte infinito, que le reaparece, por mucho que él se esconda tras escritos y palabras, tras artificios de la cultura o rigores éticos, por mucho que camine calles de luna llena eclipsada, procurando borrar en esa oscuridad nocturna la estela de una presencia divina. El sabor de lo Absoluto, prendido en los labios de Hiperión, es también cómplice metafísico del sino trágico que acompaña a su relación amorosa con Melita. No se trata únicamente del conflicto tal como lo explicita el propio *Fragment von Hyperion*, esto es, a causa del doloroso sentimiento de inferioridad que el protagonista experimenta con respecto a su idealizada compañera; también debe considerarse a propósito la otra faceta de dicha problemática, inmejorablemente resumida por W. Dilthey al decir que de lo que aquí se trata en realidad es de "las penas secretas de un alma apasionada y juvenil, que jamás se basta a sí misma y a la que no bastan tampoco los demás"<sup>13</sup>.

Al fin y al cabo, no es sino en este preciso rasgo de su talante donde encarna de la manera más intensa la voluntad de infinito que anima a Hiperión, el *pathos* de la distancia y la noble elevación del espíritu, que, en su caso, hace más evidente que en el común de los mortales esa irresistible tendencia del hombre a retornar al hogar perdido, a la Naturaleza hölderliniana, bien mediante el ideal de la Cultura, bien mediante una síntesis superior, definitiva, que engloba ambos aspectos. Porque, efectivamente, dentro del *Fragment von Hyperion* se describen en primera instancia las andanzas espirituales del héroe desde el ideal de la Naturaleza hasta la consumación de la *Paideia* en un orden cultural armónico y autoconsciente; pero también es cierto que, finalmente, una vez que los equívocos e infortunios provocan la separación entre Melita e Hiperión, éste termina refugiándose sin más en los amables brazos de la Naturaleza.

De ese modo queda cerrado el círculo de las ideas hölderlinianas, según éstas se formulan en el citado *Fragmento*: la odisea desde la unidad e inocencia primitivas hasta el proyecto de reparación espiritual de la escisión histórica es colmada, por último, con el retorno al único y verdadero Hogar, el de la Naturaleza, "lo que existe desde siempre, lo que pervive bajo mil formas distintas, lo que es, fue y será"<sup>14</sup>.

La conciencia trágica y escindida (mas por eso mismo lúcida ante su desgarró)

<sup>13</sup> Dilthey, po. cit., pág. 355.

<sup>14</sup> Hölderlin, J.C.F., *Fragment von Hyperion*; en *Hölderlin Werke und Briefe*, I, Frankfurt, Insel, 1969.

que va desarrollándose a lo largo de todo el peregrinar intermedio desde un estado ideal hasta otro es, sin embargo, el tema fundamental que se expresa a través de las páginas del *Hyperionfragment*. Así lo exige la honestidad vital e intelectual que caracteriza a Hölderlin. Y quizás es debido igualmente a dicho motivo por lo que, en último término, no son ni la poesía, ni las excelencias del espíritu, ni los insondables misterios de la Naturaleza, los que hacen vibrar con mayor intensidad su corazón inquieto, sino un *daimon* generoso al tiempo que indigente, a medias divino, a medias humano, que le precipita en el abismo y en la noche sagrada, pero que antes le impulsa a exclamar: “¿Qué vale todo lo que los hombres hacen y piensan durante milenios frente a un solo momento de amor?”<sup>15</sup>.

La presente traducción del *Fragmento de Hiperión*, de Friedrich Hölderlin, se ha basado en el texto de la edición de sus obras, *Hölderlin Werke und Briefe*, publicadas en tres volúmenes por la editorial Insel, de Frankfurt am Main, en 1969, al cuidado de Friedrich Beissner y Jochen Schmit. Esta obra, a su vez, tiene su fundamento filológico en la principal edición crítica de los escritos hölderlinianos publicada hasta la fecha, la *Hölderlins Sämtliche Werke, Grosse Stuttgarter Ausgabe*, preparada por el propio F. Beissner. Es por eso por lo que el referido texto del *Fragment von Hyperion*, que sirve de base a nuestra traducción, conserva los arcaísmos en lengua alemana de la versión original que Hölderlin publicó en la revista *Thalia* de Schiller.

Por nuestra parte, hemos optado por una traducción lo más literal posible, en razón del interés primordialmente filosófico, antes que literario, que reviste el escrito de Hölderlin en este contexto. No se trataba, además, de ofrecer una edición crítica (aun cuando igualmente hemos consultado la *Grosse Stuttgarter Ausgabe*, III), sino una simple edición de lectura que suscite su conocimiento y estudio en nuestro idioma. De ahí que sólo unas breves notas, al final, acompañen al texto. Los subrayados son del propio Hölderlin. A fin de facilitar el cotejo de la versión en castellano con el original, hemos indicado en el margen derecho la paginación correspondiente a la edición (HWB,...) en lengua alemana utilizada preferentemente por nosotros.

## FRAGMENTO DE HIPERION

Johann Christian Friedrich Hölderlin

Hay dos ideales para nuestra existencia: un estado de la más alta inocencia, donde nuestras necesidades concuerdan recíprocamente consigo mismas, con nuestras fuerzas y con todo aquello con lo que estamos en contacto, *a través de la simple organización de la Naturaleza*, sin nuestra intervención, y un estado de la más elevada cultura, donde ocurre lo mismo con respecto a necesidades y fuerzas infinitamente multiplicadas e intensificadas, *a través de la organización que nosotros mismos estamos en situación de poder darnos*. La vía excéntrica, que el Hombre, en comunidad y en solitario, recorre desde un punto (que más o menos

HWB, 43

HWB, 44

<sup>15</sup> Hölderlin, J.C.F. *Hiperion o el eremita en Grecia* (traducción de Jesús Munárriz), Madrid, Peralta, 1976, pág. 83. Podríamos decir que, así como el proyecto utópico de retorno a la unidad originaria en el seno de la Naturaleza representa la conclusión filosófica *positiva* del *Hyperion fragment* en el orden metafísico, su contribución de nivel ontológico al Sistema del idealismo prerromántico, del mismo modo la articulación teórica del amor como recurso intramundano supone la única conclusión positiva posible en el plano de la conciencia desdichada del desgarramiento... “En el amor del hombre por la naturaleza, por su familia, por su pueblo” -dice Jean Hyppolite, en su caso a propósito de Hegel- “hay una inmanencia de lo infinito en lo finito.” (*Genèse et Structure de la Phénoménologie de L'Esprit*, París, Aubier, 1946, pág. 185).

es Inocencia pura) hasta otro (que es más o menos Cultura consumada), parece ser siempre igual en sus tendencias esenciales.

Algunas de estas tendencias, junto con su posible rectificación crítica, han de ser descritas en las cartas (de Hiperión), de las cuales las siguientes con sólo un extracto.

El hombre desearía estar a la vez *en todo y por encima de todo*, y la sentencia en la losa sepulcral de Loyola, “non coerkeri maximo, contineri tamen a minimo”, puede así mismo servir muy bien para caracterizar esa faceta absolutamente subyugante y peligrosa del hombre como el más elevado y bello estado a su alcance. En qué sentido ha de ser ello válido para cada uno, eso es algo que debe decidirlo su libre voluntad.

Desde Zante.

Quiero ahora regresar nuevamente a mi Jonia; en vano abandoné mi tierra natal y *busqué la Verdad*.

¿Cómo podrían, pues, bastar tan sólo palabras a mi alma sedienta?. Por todas partes encontré palabras; nubes, y ninguna Juno.<sup>1</sup>

Yo las odio como a la misma muerte, a todas esas miserables mezcolanzas de algo y nada. Mi alma entera se indigna ante su irrealidad.

Lo que para mí no es el Todo, y eterno Todo, es Nada para mí.

¡Oh, mi Belarmino! ¿Dónde hallaremos nosotros la única cosa que nos puede proporcionar la paz? ¿Dónde podremos escuchar nuevamente la melodía de nuestro corazón, como en los bienaventurados días de la infancia?.

¡Ah!, en otros tiempos la busqué en la *Fraternidad con los hombres*. Pensaba

<sup>1</sup> Clara utilización, por parte de Hölderlin, del «*motivo-Ixión*», el cual constituye una referencia literaria algo frecuente en una época donde la técnica de alusiones mitológicas se difundió ampliamente. La significación fundamental de la leyenda de Ixión para la *Tópica* conceptual del espíritu prerromántico alemán -en tanto que reflejo de su propia búsqueda quimérica de un Absoluto-, así como, de manera especial, su tratamiento específico dentro de la obra holderliniana han sido puestos de relieve por F. Stracken su ya citado estudio *Asthetik un Freiheit. Hölderlinnns Idee von Schönheit, Sitlichkeit und Geschichte in der Fränzeit*.

No obstante, pese a la diversidad de posibles influjos al respecto, parece fundado el afirmar, tanto por el contenido literal de la alusión poética que Hölderlin realiza aquí, cuanto por su intención subyacente, que la fuente directa en la que se inspiró para tal evocación fue un pasaje de la obra de Kant, *Fundamentación de la Metafísica de las costumbres* (México, Porrúa, 1972), donde puede leerse: (...) «Todo aquello, pues, que sea empírico es una dición al principio de la moralidad, y, como tal, no sólo inaplicable, sino altamente perjudicial para la pureza de las costumbres mismas (...).

Contra esa negligencia y hasta bajeza del modo de pensar, que busca el principio en causas y leyes empíricas de movimiento, no será nunca demasiado frecuente e intensa la reconversión; porque la razón humana, cuando se cansa, va gustosa a reposar en esa poltrona, y en los ensueños de dulces ilusiones -que le hacen abrazar una nube en lugar de Juno- sustituye a la moralidad un bastardo compuesto de miembros procedentes de distintos orígenes, (...) etc. «(op. cit., pp. 42-43)

No deja de ser sintomático el hecho de que el contexto de la cita de Kant sea una discusión entorno al tema de la moralidad: el vínculo entre la dimensión ética y la dimensión metafísica de la metáfora de Ixión, héroe griego que, engañado por Zeus, creyó abrazar a Hera (Juno), cuando en realidad sólo abrazaba a unas nubes que habían adoptado su apariencia, está igualmente presente en el texto del *Hyperionfragment*.



que la indigencia de nuestro ser debería convertirse en riqueza, tan pronto como un par de esos pobres individuos formarían un sólo corazón, una vida indisoluble, como si todo el dolor de nuestra existencia radicase únicamente en la separación de lo que una vez había estado unido.

Con placer y melancolía recuerdo cómo todo mi ser anhelaba entonces, y sólo entonces, capturar alguna sonrisa de afecto, cómo me entregaba a una sombra del Amor, cómo me rebajaba a mí mismo. ¡Ah!, ¡Cuántas veces creí hallar a lo Innombrable, apropiármelo, simplemente porque me aventuré a perderme en lo que amaba! ¡Cuántas veces creí haber alcanzado el sagrado cambio!; pero entonces urgaba, urgaba un poco en mí, y ahí estaba el pobre ser, extraviado y confuso, incluso, a menudo, algo agresivo —¡él quería solamente un poco de diversión, no algo tan serio!

HWB, 44

¡Fuí un niño ciego, querido Belarmino! Quise comprar perlas a mendigos que eran más pobres que yo, tan pobres, tan enterrados en su miseria, que no sabían hasta qué punto lo eran, y que se complacían largamente en los harapos con que se habían cubierto.

Todos esos diversos desengaños me deprimieron de manera indecible.

Realmente, creí perecer. Es un dolor sin igual, un continuo sentimiento de aniquilación, el que surge cuando la existencia ha perdido así su sentido de modo tan absoluto. Me oprimía un desaliento inconcebible. No era capaz de alzar la vista ante los hombres. Incluso temía la risa de un niño. Con todo y con eso, usualmente me sentía muy tranquilo y relajado; solía poseer además una singular fe supersticiosa en la virtud curativa de algunas cosas; a menudo podía esperar calladamente lo que buscaba de una pequeña compra, de un paseo en barca, del valle que una montaña me ocultaba.

Pero con el ánimo, también mis fuerzas disminuyeron ostensiblemente.

A veces me tomaba la molestia de recoger las ruinas de pensamientos concebidos por mí en otro tiempo; pero el espíritu, activo no hace mucho, había envejecido; y yo sentía cómo su celeste luz, que antes apenas había despuntado para mí, poco a poco se iba ya eclipsando.

Lo cierto es que cuando alguna vez me parecía que el último resto de mi perdida existencia valía algo, cuando mi orgullo despertaba era entonces cuando yo entraba en plena actividad y la omnipotencia de esa desesperación se alojaba en mí; cuando mi marchita e indigente naturaleza se había empapado de un torpe contento, entonces penetraba yo con ímpetu entre los hombres, hablaba como un inspirado por la divinidad, e incluso sentía a veces las lágrimas del bienaventurado en mis ojos; y cuando alguna otra vez un pensamiento, o la imagen de un héroe en la noche, iluminaban mi alma, me sorprendía y regocijaba, como si un dios habitase en tan empobrecidos lugares, y me parecía como como si un mundo debiera forjarse en mí; pero cuanto más profundamente se habían animado mis fuerzas dormidas, con tanto mayor cansancio desfallecían, y la infeliz naturaleza regresaba a su dolor, ahora incrementado.

HWB, 44

¡Dichoso, Belarmino, dichoso aquél que ha superado esta prueba de fuego del corazón, aquél que ha llegado a comprender el gemido del corazón, aquél que ha llegado a comprender el gemido de la criatura, el sentimiento del paraíso perdido! ¡Cuánto más alto se eleva la Naturaleza sobre lo animal, tanto mayor es el peligro de morir en tierra de lo pasajero!

!Pero todavía he de contarte algunas cosas más, corazón hermano!

Yo aún tenía miedo de ciertos vívidos recuerdos cuando nos conocimos ante las ruinas de la antigua Roma. ¡Nuestro espíritu se desvía tan fácilmente de su camino! ¡A menudo debemos alejarnos del susurro de una hoja, para no molestarla en su callado negocio!

Ahora puedo jugar de vez en cuando con los espíritus de horas pasadas.

Mi vieja amiga, la primavera, me había sorprendido en medio de mis tinieblas. En otro tiempo, hubiese esperado de ella alivio para todas mis penas. Pero la esperanza y los presentimientos habían ido desapareciendo poco a poco de mi alma.

Y ahora ella estaba ahí, en toda la gloria de su juventud.

Me pareció que también yo tenía que recuperar de nuevo la alegría. Abrí mis ventanas y me vestí como para una fiesta. También a mí debía visitarme ese celeste viajero.

Vi cómo en el campo, en el amigable mar de Esmirna y su costa, todo brotaba como un torrente. Extrañas esperanzas nacieron en mí. También yo florecía.

Entonces se reveló verdaderamente la omnipotencia de la Naturaleza. Casi todos los rostros eran más cordiales; por todas partes se reía de forma más abierta, y quienes anteriormente se habían saludado de modo ceremonioso, ahora se estrechaban la mano. Todo lo rejuvenecía y llenaba de entusiasmo la espléndida dulzura de la primavera.

HWB.

El puerto rebosaba de barcos con un jubiloso griterío, donde ondeaban las coronas de flores y resplandecía el vino de Quíos; las hojas de mirto entonaban alegres melodías, y danza y juego susurraban a través de los olmos y plátanos.

¡Ah!, pero yo buscaba algo más que eso. Eso no podía librarme de la muerte. Absorto en mi pesar, vine a dar involuntariamente en el jardín de Gorgonda Notara, un conocido mío.

Un ruido procedente de un pasillo lateral me sobresaltó.

Entonces –en medio de ese doloroso sentimiento de mi soledad, con el corazón sangrante, carente de alegría *ella* apareció ante mí; encantadora y sagrada, como una sacerdotisa del Amor, así estaba ella; como tejida de luz y fragancia, tan espiritual y delicada; sobre la sonrisa, impregnada de calma y celeste bondad, reinaban con majestad divina sus grandes ojos, llenos de entusiasmo, y, como nubecillas alrededor de la luz matinal, los dorados rizos flotaban en vientos de primavera por su frente.

¡Belarmino! ¡¿Cómo podría expresarte por entero, vivamente, esa sensación indescriptible que entonces experimenté?! ¿Dónde estaban ahora los sufrimientos de mi vida, su noche y su miseria? ¿Dónde la absoluta indegencia de su finitud?

Ciertamente, lo más elevado y santo que la inagotable Naturaleza acoge en su seno es un instante tal de liberación. ¡El compensa eones de nuestra existencia vegetando! Muerta estaba mi vida terrena, el tiempo ya no existía, y mi espíritu, libre de sus cadenas y renacido, presentía su parentesco y su origen.

Han pasado los años; las primaveras vinieron y se fueron; más de una espléndida imagen de la Naturaleza, más de una reliquia de tu Italia, producto de una fantasía celeste, alegró mi vista; pero la mayoría las borró el tiempo; sólo *su* imagen, con todo lo que a ella va ligado, ha permanecido viva para mí. Aún está ella ahí, ante mí, como en los sagrados y embriagadores momentos en que la conocí; aprieto ese dulce fantasma contra mi ardiente corazón; escucho su voz, el murmullo de su arpa; y como una apacible Arcadia, donde las flores y semillas se balancean en un aire siempre tranquilo, donde la cosecha madura sin el bochorno del mediodía y la uva dulce se cría bien, donde ningún temor inquieta al sereno país, donde de nada se sabe sino de la eterna primavera del mundo, de un cielo despejado y su sol, y de sus amistosas estrellas, así veo abrirse ante mí el templo de su corazón y de su espíritu.

¡Melita! ¡Oh, Melita! <sup>2</sup>¡Criatura celeste!

Quisiera saber si todavía ella piensa en mí de vez en cuando. Quizá me compadece. Pero sé que la volveré a encontrar en algún período de la eterna existencia.

¡Es seguro! Porque lo que una vez ha estado unido, no puede permanecer eternamente separado.

¡Ah!, el dios que habita en nosotros está siempre solitario e indigente. ¿Dónde encontrará él a todos sus semejantes? ¿A aquéllos que un día lo fueron, que algún día lo serán? ¿Cuándo llegará el gran reencuentro de los espíritus? Pues una vez todos nosotros, según creo, estuvimos unidos.

¡Buenas noches, Belarmino, buenas noches!

Mañana seguiré contándote con más calma.

Desde Zante.

La tarde de aquel día de mis días, con todo lo que, aún en mi embriaguez, he podido conservar, es para mí inolvidable. Fue lo más bello que pudieron concederme la primavera del mundo y el cielo y su luz. El crepúsculo la bañaba como a una gloria de lo sagrado, y las suaves nubes doradas del Éter sonreían mirando hacia abajo, como genios celestes que se alegraran por su hermana en la tierra, mientras ella caminaba entre nosotros con todo el esplendor de los espíritus: tan buena y amigable era para con todo lo que la rodeaba.

Todo se sentía impulsado hacia ella. Parecía como si una parte de su ser participase en todo lo demás. Un nuevo sentido más sutil, una dulce intimidad, había penetrado en todas las cosas, y éstas no sabían qué les había ocurrido.

Sin preguntarlo, averigüé que ella venía de la costa de Pactol, de un solitario valle del Tmolus, a donde su padre, un hombre singular, por disconformidad con respecto a la actual situación de los griegos y tras largo tiempo alejado ya de

<sup>2</sup> *Melita*, nombre del principal personaje femenino en el *Fragment von Hyperion*; sería sustituido por Hölderlin, dentro de la versión definitiva de su obra, por el de *Diotima*, en quien encarnan ya caracteres de la personalidad de su propia amada, Susette Gontard.

Esmirna, se había retirado finalmente, para cuidar allí de su triste pesar; y que su madre, en otro tiempo la flor de Jonia, era pariente de Gorgonda Notara.

Notara nos pidió que pasáramos la tarde con él a la sombra de sus árboles, y en la disposición de ánimo en que nos encontrábamos, no pensé con muchas ganas en una separación.

HWB,

Poco a poco iba llegando hasta nosotros más vida y más espíritu. Conversamos largamente de los nobles hijos de la antigua Jonia, de Safo y Alceo, de Anacreonte, y, en especial, de Homero, de su tumba en Nio, de cierta gruta rocosa próxima, a orillas del Meles, donde el Magnífico debía haber celebrado más de una hora de inspiración, y de otras muchas cosas; como en torno a nosotros los amables árboles del jardín, donde las flores, liberadas por el soplo primaveral, se plegaban sobre la tierra con la lluvia, así nuestras almas se comunicaban entre sí; cada cual a su manera, e incluso la más pobre, aportaba algo. Melita pronunció más de una celeste palabra, sin arte, sin plena intención, con una pura y santa simplicidad. A menudo, cuando la escuchaba hablar, me venían a la mente las obras de Dédalo, de quien Pausanias dijo que su mirada había poseído, en su inocencia, algo divino.

Estuve sentado largo rato, sin decir nada, embebido en la belleza celestial que, como si se tratase de rayos de la aurora, penetraba en mi interior y llamaba a la vida a los marchitos gérmenes de mi ser.

Finalmente, hablamos también de tantos diversos milagros de la amistad griega, de los Dioscuros, de Aquiles y Patroclo, de la falange de los espartanos, de todos los amantes y amados que amanecieron y anochecieron por encima del mundo, inseparable, como las eternas luces del firmamento.

Entonces desperté “No deberíamos hablais de eso”, grité: –Indigentes como estamos, tal esplendor nos aniquila. Ciertamente, hubo días dorados, en los que las armas se intercambiaron y se amó hasta la muerte, en los que el culto al amor y a la belleza engendró hijos inmortales, actos heroicos por la patria, celestes himnos, y eternas palabras de sabiduría; ¡ah!, días en los que un sacerdote egipcio aún reprochaba a Solón: “¡Vosotros, los griegos, siempre seréis adolescentes!”. Y ahora nosotros, más inteligentes que todos esos magníficos individuos que han muerto, nos hemos convertido en ancianos; ¡sólo lamento que tanta fuerza se haya desperdiciado en esta atmósfera extraña!”.

¡Olvida eso al menos por hoy, Hiperión!, exclamó Notara; y yo tuve que darle la razón.

Los ojos de Melita reposaban sobre mí con tal seriedad y grandeza... Quién no lo habría olvidado todo.

HWB,

Por el camino de vuelta hacia la ciudad, fuí a su lado. Apretaba los brazos con fuerza contra mi agitado corazón. Tenía que dominar el desconcertante tumulto que se producía en mi interior para poder hablar.

¡Oh, Belarmino! ¡Cómo la comprendía yo, y cómo le alegraba esto a ella! ¡Cómo cualquier palabra suya, pronunciada al azar, era capaz de suscitar en mí todo un mundo de pensamientos! Esta silenciosa alianza de nuestro pensamiento y nuestra palabra era un auténtico triunfo de los espíritus sobre todo lo pequeño y débil.

Nos separamos ante la casa de Notara. Yo caminaba dando traspiés, inmerso

en una súbita alegría; censuraba y me reía a la vez de la pusilanimidad de mi corazón en los días pasados, mientras con orgullo indecible veía cómo mis viejos sufrimientos habían quedado atrás.

Mas cuando entonces llegué a casa y, dirigiéndome hacia las ventanas abiertas, contemplé mis flores, cubiertas de maleza, medio secas, y elevando la vista, observé la ruïnosa ciudadela de Esmiura, que yacía ante mí en medio de luces crepusculares, ¡qué extraña sensación me produjo todo esto!

¡Ah! ¡Cuántas veces había permanecido yo en otro tiempo despierto hasta la medianoche, cuando no pude conciliar el sueño en mi solitaria cama, y había entonado mi lamento por las ruinas y fantasmas de una época mejor!

Ahora había regresado la primavera de mi corazón. Ahora tenía lo que buscaba. Lo había vuelto a encontrar en la celeste gracia de Melita. De nuevo amanecía en mí. Ese sublime ser había arrancado a mi espíritu de su tumba.

Pero lo que yo era, lo era a través de ella. Su bondad se alegraba de la luz que brillaba en mí, y no entendía que era tan sólo un reflejo de la suya. Comprendí que muy pronto me haría más pobre que una sombra, cuando ella no viviese en mí, a mi alrededor y para mí, cuando ya no fuese mía; que me vería reducido a la nada si ella se apartaba de mi lado. No podía ser de otro modo. Así que yo tenía que preguntarme, con una angustia de muerte, a cada gesto, a cada palabra suya, seguir su mirada, como si la vida quisiera escapar de mí, dirigirse hacia el cielo o la tierra; ¡oh, Dios! Cada una de las sonrisas de su paz sagrada, cada una de sus celestes palabras, que me decían cómo a ella le bastaba su propio corazón, debían ser para mí como un mensajero de la muerte: sí, tuvo que apoderarse de mí la desesperación, en cuanto supe que el excelso objeto de mi amor era tan excelso que no me necesitaba. ¡Que me perdone ese sagrado ser! Con frecuencia maldije el momento en que la conocí, y mentalmente le reproché a esa criatura celeste el que me hubiese devuelto a la vida sólo para hundirme de nuevo con su nobleza. ¿Puede albergarse un grado tan alto de inhumanidad en el alma de un hombre?

HWB, 4

#### Desde Pirgo, en Morsa

El sueño, la inquietud y algún que otro extraño fenómeno, que a medias se formaba en mí y desaparecía, no me permitieron antes llegar a expresar nada de lo que deseaba comunicarte. A menudo tuve hermosos días. Entonces dejaba que mi interior reinase a su antojo, que soñase y meditara; pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre, y las sagradas cumbres y valles de Morea solían templar amistosamente mi alma en sus más puros tonos.

Todo debe suceder tal y como sucede. Todo está bien. He de dejar dormir al pasado. Nosotros no hemos sido creados para un solo objetivo, para algo limitado. ¿No es cierto, Belarmino? Si ninguna Arcadia florece en torno a mí, es sólo porque la indignancia que piensa y vive en mi interior debe enriquecerse y abrazar lo Infinito.

Esto es lo que yo deseo. ¡Oh, y cómo lo deseo! Quisiera anular la finitud que pesa sobre nosotros y que se burla de nuestro sagrado amor; como un hombre enterrado vivo, así se revuelve mi espíritu contra las tinieblas en las que está cautivo.

Quería contarte algo. Ahora lo haré. Nada del exterior me estorba en mis recuerdos. Mar y tierra duermen en el bochorno del mediodía, e incluso la fuente que en otro tiempo fluía aquí debajo se ha secado. Ningún soplo de viento susurra a través de las ramas. De vez en cuando escucho un leve gemido de la tierra, cuando el ardiente rayo hiere el suelo. Pero esto no me molesta en absoluto. Además, el ciprés que llora sobre mí me da suficiente sombra.

La tarde en que me separé de ella se había convertido ya en noche en día; más no para mí. En mi vida ya no había lugar para ningún descanso ni para ningún despertar más. Sólo existía un feliz y doloroso soñar con ella, una lucha entre la angustia y la esperanza. Finalmente, fuí en su busca.

HWB

Al verla entonces ante mí, tan completamente diferente del estado en que yo me encontraba, tan serena y feliz, en la absoluta plenitud de una criatura celeste, me inquieté. Estaba confuso y sin habla. Mi espíritu había huído de mí.

No creo que ella lo notase del todo, como quiera que, por lo demás, en su celeste bondad, no parecía fijarse demasiado en lo que ocurría a su alrededor.

Se tomó la molestia de llevarme nuevamente al lugar donde habíamos pasado la tarde anterior. Y al fin aquí y allá fueron naciendo en mí pensamientos que se unieron felizmente a los suyos.

Ella no se daba cuenta de la infinidad de cosas que me decía, ni de cómo su imagen se enaltecía hasta límites insospechados, cuando la elevación de sus pensamientos se revelaba en su frente y la realeza de su espíritu se unía a la benevolencia de su corazón inocente y lleno de amor. Cuando junto a su gracia se hacía visible lo que en ella había de autónomo, de sagrado, era como si el sol marchara a través del amistoso Eter, o como si un dios hubiese descendido hasta aquí abajo para caminar entre un pueblo sin tacha.

Mientras estaba junto a ella y su ser vivificante me alzaba por encima de toda la miseria de los hombres, solía olvidar también las preocupaciones y deseos de mi pobre corazón. Pero cuando me alejaba, entonces en vano me escondía de mí mismo, pues algo en mi interior me gritaba, lamentándose en voz alta ¡ella no te ama! Me enfurecía y luchaba contra eso. Sin embargo, mi pensar no me abandonaba. El desasogiego aumentaba día tras día. Cuanto más alto y poderoso resplandecía su ser sobre mí, tanto más sombría y salvaje se tornaba mi alma.

Por último, me pareció que ella me evitaba. También yo decidí no verla nunca más, y, así, tuve que resistir, ciertamente bajo un tormento indecible para mi corazón, el estar varios días alejado de ella.

Por aquel entonces, precisamente cuando regresaba del desierto de Korax, a donde había marchado antes del amanecer, me encontré con Notara y su esposa. El me dijo que habían sido invitados a casa de un pariente cercano, /y que pensaban estar de vuelta a la tarde. Melita, añadió, se había quedado en casa; la fiel hija tenía que escribir una carta a sus padres.

HWB

Todos mis deseos reprimidos despertaron nuevamente. No obstante, me recobré de inmediato, asegurándole a la tempestad que alentaba en mí que en absoluto quería verla a ella en ese día; de todos modos, pasé por delante de su casa con la mente en blanco y temblando, como si planeara un crimen. Después, me obligué a volver a mi casa, cerré la puerta, me desvestí, abrí, tras haber dudado largo rato

en mi elección, *Ajax portador de látigo*<sup>3</sup>, y me sumergí en su lectura. Más mi espíritu no pudo retener ni una sola sílaba. Donde quiera que yo mirase, ahí estaba ella. El ruido de cada paso me sobresaltaba. Involuntariamente, musitaba si pensar frases sueltas que había escuchado de su boca. A menudo tendía los brazos hacia ella, a menudo los retiraba, cuando se me aparecía.

Finalmente llegué a enfurecerme ante mi delirio, y pensé seriamente en extirpar de raíz ese ansia mortal. Pero mi espíritu me negaba todo servicio. E incluso me parecía como si falsos demonios se precipitasen sobre mí y me ofrecieran filtros mágicos para arruinarme por completo con su medicina infernal.

Exhausto por tan terrible combate, al fin me desplomé. Mis ojos se cerraron, mi corazón latía más suavemente, y, como el arco iris tras la tormenta, así todo su celeste se brotó de nuevo a mí.

Esa paz sagrada de su corazón, de la que con frecuencia ella me había hecho partícipe en algún instante a través de sus palabras y actitudes, haciendo que me sintiera como si volviese a caminar por el paraíso abandonado de la infancia; su piadosa timidez, que le impedía profanar nada, ya fuese en broma o en serio, que pudiera estar emparentado, aún de lejos, con la belleza y la bondad; su modesta complacencia, su espíritu y sus nobles ideales, de los cuales su callado amor dependía de forma tan exclusiva que nada más buscaba ni temía ella en el mundo; —todas las queridas y profundas tardes que yo había pasado con ella, su voz y el juego de tonos de sus cuerdas vocales, el encanto de cada uno de sus gestos, que bien paseara o estuviese quieta, denotaban su bondad y su grandeza: ¡ah!, todo esto y más aún era lo que ahora revivía en mí.

¿Y a esa criatura celeste le guardaba yo rencor? ¿Y por qué lo hacía? ¿Porque no era tan indigente como yo, porque todavía llevaba el cielo en su corazón y no se había perdido a sí misma, como lo había hecho yo?; ¿porque no necesitaba de otro ser ni de una riqueza ajena para llenar sus propios lugares desiertos? ¿Porque no podía temer hundirse ni depender de otro con una angustia de muerte, como yo?; ¡ah!, ahora que lo más divino habitaba en ella, yo había profanado esa calma, ese celeste plenitud suya, con mi mal humor, había enviado su paraíso en la bajeza de mi rencor. ¿Podía ella ocuparse de una criatura tal, tan arruinada? ¿A caso no debía huir? Seguro que su genio la había prevenido contra mí.

HWB, 45

Todo esto me atravesaba el alma como una espada.

Yo quería llegar a ser otro. ¡Oh!, quería llegar a ser como ella. Escuchaba ya de sus sabios la celeste palabra de perdón, y sentía con mil deleites cómo eso me regeneraba.

Así que me encaminé rápidamente hacia su casa. Pero a cada paso me ponía más nervioso. Cuando entré allí, Melita palideció. Esto me llevó a perder la calma por completo. Más el silencio absoluto por ambas partes, que por lo demás tan poco duró, era demasiado doloroso como para que yo no intentara romperlo con todas mis fuerzas.

<sup>3</sup> *Ajax Mastigophoros*, tragedia de Sófocles, de la que posteriormente el propio Hölderlin habría de traducir un fragmento. Como ha observado con acierto Jean Laplanche (*Hölderlin y el problema del padre*, Buenos Aires, Corregidor, 1975, pág. 86), el tenso ambiente de la obra sofoclea sirve muy bien a Hölderlin para sugerir el estado anímico de Hiperión en tales momentos, afin al de la locura de Ajax allí relatada.

– «Tenía que venir», dije. «Te lo debía, Melita.»

La moderación de mi tono pareció tranquilizarla; ella me preguntó entonces, algo sorprendida, por qué decía yo que *tenía que venir*.

– «He de excusarme ante tí por muchas cosas, Melita!, exclamé.

– «Tú no me has ofendido en nada».

– «Oh, Melita! ¡Cómo me castiga tu divina bondad!

Pues seguramente no te habrá pasado desapercibido mi desánimo.»

– «Pero no me ha ofendido. ¡Tú no querías hacer algo así, Hiperión! Y, ¿por qué no debería decírtelo? Me he sentido triste por tu culpa. Hubiera deseado para tí una paz más grata. A menudo quise pedirte también que estuvieras más tranquilo. ¡Eres tan enteramente distinto en tus buenas horas! Te confieso que temo por tí cuando te veo tan sombrío y violento. ¿No es cierto, buen Hiperión, que abandonarás esa actitud?»

No podía pronunciar ni una sola palabra. Sin duda, tú has de entender, hermano de mi alma, cómo debió ser aquello para mí: tan celestial fué la magia con la que ella habló, tan inexpresable mi dolor. HWP,

– «A veces me he preguntado, prosiguió ella, a qué puede deberse el que tú seas tan extraño. Es un enigma tan doloroso el que un espíritu como el tuyo tenga que ser abrumado por tales sufrimientos... Sin duda hubo un tiempo en que estuviste libre de ese desasosiego. ¿Ya no existe ese tiempo para tí actualmente? ¡Si yo pudiera devolvértelo, traerte de nuevo ese silencioso día de fiesta, esa sagrada quietud interior en medio de la cual hasta el más leve sonido procedente de lo profundo del espíritu, así como el más leve contacto con el exterior, con el cielo, las ramas o las flores, resultan perceptibles –no puedo expresar lo que solía sentir cuando me encontraba así ante la divina naturaleza, y todo lo que en mí había de terreno enmudecía–, entonces los Invisible estaría tan cerca de nosotros!»

Ella se calló, y parecía afectada, como si hubiese traicionado un secreto.

– «¡Hiperión!», comenzó de nuevo, «tú posees poder sobre tí mismo; lo sé. Dí a tu corazón que en vano se busca la paz fuera de uno mismo cuando no se la lleva dentro de sí. Siempre he tenido en muy alta consideración estas palabras. Son palabras de mi padre, un fruto de sus penas, como él dice. ¡Date a tí mismo esta paz y sé feliz!

Hazlo. Es mi primera petición. No me la negarás.»

– «¡Lo que tú quieras, cómo tú quieras, ángel del cielo!», exclamé, mientras que, sin darme cuenta de cómo lo hacía, tomé su mano y la apreté con fuerza contra mi doliente corazón.

Ella se sobresaltó, como al despertar bruscamente de un sueño, y se soltó, con el mayor miramiento posible, pero aniquilándome con la majestad de su mirada.

– «¡Debes cambiar!», gritó ella un poco más fuerte que de costumbre. Yo estaba desesperado. Sentía cuán pequeño era y luchaba en vano por elevarme. ¡Ah,



que a eso hubiera podido llegar yo!: como las almas vulgares, busqué consuelo para mí nada en empuqueñecer su grandeza, su divinidad.

—¡Belarmino! Es un dolor sin igual que una mancha tan infame aparezca en uno mismo. Ella/quiere librarse de tí, pensé, eso es todo—. «Ciertamente, ahora sí quiero cambiar.» Esto fué todo lo que, en mi lamentable estado, alcancé a decir, con una sonrisa forzada, y luego me marché apresuradamente.

HWB, 452

Como alguien impulsado por espíritus malignos, corrí hacia el bosque y vagabundé por él, hasta que finalmente me desplomé sobre la hierba seca.

El pasado yacía ante mí como un interminable y terrible desierto; con furia infernal, destruí todo resto de aquello con lo que una vez mi corazón se había deleitado y sentido elevado.

Luego volví a incorporarme, riéndome con feroz sarcasmo de mí mismo y de todo; escuchaba con placer el horrible eco, y el aullido del chacal, que a través de la noche llegaba hasta mí desde todas partes, realmente le hacía bien a mi alma trastornada.

Un silencio ahogado, terrible, siguió a esas aniquiladoras horas, un auténtico silencio de muerte. Ahora yo ya no buscaba salvación alguna. No apreciaba nada. Era como un animal bajo la mano del carnicero.

— «¡También ella! ¡También ella!» Este fué el primer sonido que, tras largo rato, me vino a los labios, y las lágrimas brotaron en mis ojos.

— «Ciertamente, ella no puede actuar de otro modo; no va a darse aquello que no puede tener, tu pobreza y tu amor», me dije finalmente a mí mismo. Poco a poco, volví a estar tranquilo y sereno, como un niño. En verdad, ahora ya no quería buscar nada más; tan sólo seguir ayudándome día tras día tan bien como pudiera; nada más era yo para mí mismo, ni tampoco pedía el tener que serlo para los otros; e incluso había momentos en que me parecía posible verla a ella, la Única, y, aún, así, no desear nada.

De ese modo había vivido yo algún tiempo, cuando un día Notara vino a mi casa, acompañado de un joven Tiniota; se quejó de mi extraño aislamiento y me pidió que acudiese al día siguiente, por la tarde, a la gruta de Homero: él había pensado en algo apropiado para agradar al tiniota, quien verdaderamente estaba unido con toda el alma de la antigua tierra de los griegos, y se encontraba ahora de paso para ir a visitar la costa eólica y la vieja Troya; sería saludable para mí, añadió, acompañar a su amigo hasta allí; además, él recordaba que una vez yo había manifestado el deseo de conocer esta parte de Asia Menor.

El tiniota me lo pidió también, y acepté, del mismo modo que habría aceptado cualquier otra cosa, casi con abúlica docilidad.

HWB, 453

El día siguiente pasó entre los preparativos para la partida, y, ya por la tarde, Además —que así llamaba el tiniota— vino a buscarme, para ir juntos a la gruta.

— «No es nada sorprendente» (comencé a decir, después de haber paseado ambos un rato a lo largo de la orilla del Meles, bajo los mirtos y plátanos, para no dejar sitio en mi mente a otros pensamientos) «que las ciudades disputasen entre sí acerca del lugar de origen de Homero, pues ¡es tan seductora la idea de

imaginar al encantador niño jugando ahí en la arena y recibiendo las primeras impresiones, a partir de las cuales se fue desarrollando poco a poco su bello y poderoso espíritu!»

– «Tienes razón», respondió él, «y vosotros los de Esmirna no debéis dejar que os arrebaten esa grata creencia. ¡Para mí son sagrados este agua y esta costa! ¡Quién sabe cuánta de esta tierra, e incluso de este mar y de este cielo, ha participado en la inmortalidad de los Meónidas! La ingenua mirada del niño acoge en su contemplación del mundo presentimientos y emociones, que hacen que nos avergoncemos de lo que más tarde nuestro espíritu conquista con tanto esfuerzo.»

Prosiguió en este tono, hasta que Notara llegó al lugar, junto con Melita y algunos otros.

Yo estaba sereno. Pude acercarme a ella sin experimentar un cambio notable en mi interior. Estuvo bien el que yo no me hubiese dejado ir muy poco antes.

Ella también sufría. Se notaba. Pero, ¡oh Dios!, ¡con qué infinita grandeza!

Su corazón se había refugiado en las regiones del Bien y de la Verdad. Un callado dolor, como nunca antes lo había percibido en ella, había prendido en los alegres gestos de su rostro; más no en los de su espíritu. Este, en medio de una calma inalterable, brillaba a través de sus celestes ojos, y en ellos terminaba su melancolía, como en un divino consuelo.

Adamas continuó por donde había sido interrumpido; Melita tomó parte en la conversación; también yo pronuncié de vez en cuando alguna frase.

Así llegamos a la gruta de Homero.

Pausados y entristecedores acordes nos recibieron desde la peña por debajo de la cual entramos; la melodía se derramaba por mi interior como una cálida lluvia de primavera sobre la tierra reseca. Dentro, en la mágica penumbra de la gruta, cuya luz crepuscular se filtraba a través de las diversas aberturas de la roca, por entre hojas y ramas, había un busto de mármol del divino rapsoda, y sonreía a sus devotos descendientes.

HWB,

Nos sentamos alrededor suyo, como los niños en torno a su padre, y leímos algunos cantos sueltos de *la Iliada*, eligiéndolos cada uno según su criterio; pues todos estábamos familiarizados con la obra.

Después, cantamos una canción de cuna a la sombra del amado ciego y su tiempo, que me conmovió en lo más íntimo de mi ser. Todos nos hallábamos profundamente emocionados. Melita contemplaba fijamente la efigie de mármol, mientras lágrimas de melancolía y entusiasmo hacían brillar sus ojos.

Todo estaba ahora en silencio. No pronunciábamos ni una sola palabra, no nos rozábamos: tan seguras de su armonía parecían estar todas las almas en ese instante, tan por encima de la palabra y de la expresión parecía ocurrir lo que ahora vivía en ellas.

Era el sentimiento del pasado, la conmemoración de todo lo que una vez existió allí.

Finalmente, Melita, ruborizándose, se inclinó hacia Notara y le susurró algo.

Notara sonrió, lleno de alegría por la ocurrencia de la dulce criatura, tomó las tijeras que ella le ofrecía y se cortó un mechón del pelo.

Comprendí qué era lo debido y, sin decir nada, hice lo mismo.

— «¿A quién sino a tí?», exclamó el tiniota, mientras sostenía un rizo de su cabello ante el busto de mármol.

También los demás, conmovidos por nuestra seriedad, hicieron su ofrenda.

Melita cogió otro mechón para la suya, lo anudó en una cinta y lo depositó bajo el busto, en tanto que el resto de nosotros volvía a entonar una canción de cuna.

Todo ello sólo sirvió para arrancar a mi ser de la calma en la que había estado sumido. Mis ojos volvieron a posarse en ella, y mi amor y mi sufrimiento me abrazaron con mayor fuerza que nunca.

En vano me esforcé en resistir. Tuve que/retirarme. Mi tristeza era realmente inmensa. Bajé hasta la ribera del Meles, me eché en la orilla y lloré ruidosamente. Más de una vez murmuré su nombre, y parecía que con ello mi dolor se iba apaciguando. Pero ocurría así tan sólo para luego regresar con mayor ímpetu. ¡Ah! ¡No me era posible hallar refugio alguno en ningún lugar del mundo! Estar cerca o lejos de ella, a la que amaba de modo indecible y a la que también había sometido a tormentos sin nombre, a una vergüenza inefable, me daba lo mismo. Ambas cosas se habían convertido para mí en un infierno. No podía abandonarla, ni tampoco permanecer a su lado.

HWB, 45

En medio de ese tumulto, oí cómo se movía a través de los mirtos. Me incorporé y, ¡oh, cielos!, era Melita. Seguramente debió asustarse al ver ante sí a una criatura tan deshecha. En mi desesperación, me precipité sobre ella, gesticulé e imploré de su bondad una, una sola palabra. Melita palideció, y apenas si podía hablar. Al fin, con celestes lágrimas, me pidió que aprendiese a conocer la parte más noble y poderosa de mi ser, tal y como ella la conocía, que volviese mis ojos hacia lo autónomo, indomable y divino que, al igual que en todas las demás cosas, también debía existir en mí, —pues lo que no surgiera de esa fuente, se encaminaría hacia la muerte; lo que de ella procediera y a ella retornase, sería eterno; lo que la indigencia y la necesidad reunieran, dejaría de ser uno tan pronto como la necesidad cesara; por el contrario, el vínculo que se estableciera únicamente *en y por* aquello que es grande, sagrado e inquebrantable, ése sí debería existir siempre, como el elemento eterno a través del cual y para el cual dicha unión se constituye, y así... Aquí tuvo ella que interrumpirse. Los otros habían llegado. Habría dado mil vidas en ese instante por poder seguir escuchándola. Jamás pude hacerlo. Tal vez algún día, más allá de las estrellas, escuche el resto.

Ya cerca de la gruta, a la que de nuevo regresábamos, ella comenzó a hablarme de mi viaje, y me pidió que saludara en su nombre las orillas del Escamandro, el Ida y toda la tierra de la antigua Troya. Le conjuré a no decir ni una sola palabra más sobre ese odioso viaje, y quise pedirle directamente a Adamas que me librase de la palabra dada. Mas con toda su gracia Melita me rogó que no/lo hiciera. Estaba convencida de que nada podría restablecer la paz y la alegría entre nosotros tanto como ese viaje; parecía como si para ella vida y muerte dependieran de nos

HWB, 45

separásemos durante una breve temporada; me confesó que no estaba demasiado claro, ni siquiera para ella misma, por qué debía insistirme tanto en ello, pero que tenía que hacerlo, y, aún cuando le costase la vida, así lo haría.

La contemplé con admiración y no dije nada. Fue para mí como si hubiese escuchado a la sacerdotisa de Dodona. Estaba decidido a partir, aunque me costara la misma vida. Había anochecido ya, y las estrellas se elevaban en el firmamento.

La gruta estaba iluminada. Nubes de incienso ascendían desde el interior de la roca, y la música, tras pequeñas disonancias, brotaba con majestuoso júbilo.

Entonamos cantos sagrados por todo lo que existe, lo que sobrevive bajo mil formas diferentes, cambiantes, por lo que fue, es y será, esto es, por el vínculo indisoluble de los espíritus y por cómo ellos han sido siempre Uno, desde el origen y sin cesar, por mucho que nubes y noches los hayan separado; y todos nuestros ojos se llenaron del sentimiento de este parentesco y esta inmortalidad.

Yo me había convertido en alguien completamente distinto -«Dejad que perezca lo que ha de perecer», exclamé, en medio de aquellos individuos entusiasmados; «pues parece para poder regresar, cambia para rejuvenecer, se separa para reunirse más íntimamente, muere para vivir con mayor vitalidad».

- «Así», prosiguió el tiniota poco después, «deben desaparecer los presentimientos de la infancia, para que luego se alcen como verdades en el espíritu del hombre maduro. Así se marchitaron los hermosos y jóvenes mitos del mundo antiguo, los poemas de Homero y de su época, las profecías y revelaciones, pero el germen que en ellos yacía brotó como un fruto maduro en el otoño. La ingenuidad e inocencia de los primeros tiempos murió, para reaparecer en forma de una Cultura más plena, y la sagrada paz del paraíso sucumbió, a fin de que lo que sólo era un regalo de la Naturaleza vuelva a florecer nuevamente como merecida adquisición de la humanidad».

- «¡Magnífico!, ¡magnífico!», exclamó Notara.

- «No obstante, la perfección llegará primero a un lejano país», dijo Melita, «al país del Reencuentro y de la eterna juventud. Aquí sólo queda ahora el crepúsculo. Pero sin duda, en otro lugar, la sagrada aurora nos despertará; pienso con placer en ello; entonces, también todos nosotros nos volveremos a encontrar, en medio de la gran reunificación de todo lo escindido».

HWB.

Melita estaba extraordinariamente commovida. Hablamos muy poco a la vuelta. Ya ante la casa de Notara, me tendió la mano: «¡Adiós, buen Hiperión!» Esas fueron sus últimas palabras, y luego desapareció.

¡Adiós, Melita, adiós! No podré pensar en tí con frecuencia. Debo guardarme de los sufrimientos y las alegrías del recuerdo. Soy como una planta enferma, que no puede soportar el sol. ¡Y adiós también a tí Belarmino! ¿Te habrás acercado mientras tanto al templo de la Verdad? ¡Ojalá pudiese buscarlo con calma, como tú!.

¡Ah! Con sólo una vez que yo hubiese llegado hasta allí, él habría hecho otro de mí. Entonces el río del tiempo, con los escombros que arrastra, correría más profundamente bajo nuestros pies, y no suspiraríamos más que cuando el lamento

de quien es tragado por su corriente llegará hasta las silenciosas cumbres de la Verdad y de lo Eterno.

Desde Castri, en el Parnaso

¡Hablar del presente, otra vez será! ¡Y también de mi viaje con Adamas, quizás en otra ocasión! Especialmente inolvidable es para mí la noche anterior a nuestra partida, cuando nosotros, a orillas de la antigua Ilión, entre túmulos mortuorios que tal vez fueron erigidos para Aquiles y Patroclo, para Antíoco y Ajax Telamón, hablamos de la Grecia pasada y futura, y de otras muchas cosas que desde lo profundo y hasta lo profundo de nuestro ser iban y venían.

La afectuosa despedida de Melita, el espíritu de Adamas, los heroicos pensamientos y fantasías que, como estrellas en la noche, nos elevaban más allá de las tumbas y ruinas del mundo antiguo, la misteriosa fuerza de la Naturaleza, que se expresa allí donde luz y tierra, cielo y mar nos rodean, todo esto me había fotealecido de tal manera, que ahora algo más que tan sólo mi pobre corazón latía en mí; ¡Melita se sentirá satisfecha de tí!, me decía a menudo a mí mismo en secreto, con íntimo placer, y mil doradas esperanzas se unían a ese pensamiento. Tras eso, sin embargo, nuevamente podía apoderarse de mí una extraña angustia, la de si aún volvería a ver otra vez, pero tomaba esta idea por un resto de mí una extraña angustia, la de si aún la volvería a ver otra vez, pero tomaba esta idea por un resto de mi sombría existencia de ayer y la borraba de mi mente.

HWB, 45

Había encontrado en el cabo de Sigais un barco que navegaba directamente hacia Esmirna, y me resultó muy agradable la idea de hacer el viaje de regreso por mar, costeano Tenedos y Lesbos.

Navegábamos tranquilamente hacia el puerto de Esmirna. Sobre nosotros, en medio de la dulce paz de la noche, caminaban los héroes del cielo estrellado. Las olas del mar apenas si se encrespaban ante la luz de la luna. Más en mi alma no todo estaba tan sereno. Sin embargo, hacia el amanecer me sumí en un ligero sueño. Me despertaron el júbilo de las golondrinas y los primeros ruidos en la nave. Con todas sus esperanzas, mi corazón lanzaba gritos de alegría ante las amigables costas de mi patria y ante la luz matinal, que caía sobre la cima del Pago, aún en penumbra, así como sobre su envejecida ciudadela, sobre los techos de las mezquitas y los oscuros cipresales; y yo sonreía ingenuamente al divisar las pequeñas casas de la orilla, que, con sus ventanas reflejando la luz del sol, resplandecían como castillos encantados por detrás de olivos y palmeras.

El viento soplaba alegremente entre mis cabellos. Alegremente retozaban las pequeñas olas ante el barco, camino de la costa.

Yo veía y sentía esto, y sonreía.

Es hermoso que el enfermo no presenta nada, cuando la muerte se cierne ya sobre su corazón.

Fuí corriendo desde el puerto hasta casa de Notara. Melita se había ido. Ella había tenido que marcharse rápidamente por orden de su padre, me dijo Notara, a dónde no lo sabía. Su padre había abandonado la región del Tmolus, y él no había podido averiguar ni su actual paradero ni la causa de su alejamiento. Seguramente ni la propia Melita lo sabía. Por lo demás, el día de su despedida, ella apenas si había dicho algo más. Le había encargado que me diese recuerdos de su parte.

Fue para mí como si se hubiera pronunciado mi sentencia de muerte. Pero me mantuve completamente sereno. Regresé a casa, puse en orden las menudencias indispensables y estuve, en suma, tan enteramente ausente como suelen estarlo los demás. Evitaba todo lo que me pudiera recordar el pasado; paraba lejos del jardín de Notara y de la ribera del Meles. Huía de todo aquello que pudiera conmover en algo mi ánimo, y lo que ya antes me era indiferente, acabó por hacérseme más indiferente aún. *Capacidad para alejarme de todo lo viviente*, eso era lo que yo buscaba. Meditaba día y noche sobre los venerables productos del profundo genio de la antigua Grecia. Me refugiaba en su capacidad para alejarse de todo lo viviente. Poco a poco se me fue haciendo tan ajeno lo que normalmente se suele tener ante los ojos, que en ocasiones llegué a contemplarlo casi con asombro. A menudo, cuando escuchaba voces humanas, me parecía como si éstas me exhortasen a huir de una tierra a la cual yo no pertenecía, y me encontraba como un fantasma que se ha entretenido excesivamente más allá de la hora de medianoche y oye el canto del gallo. HWB,

Durante todo ese tiempo, yo no había vuelto a salir. Pero mi corazón aún latía demasiado juvenilmente: todavía no estaba muerto en mí el padre de toda vida, el inconcebible Amor.

Un enigmático deseo se apoderó de mí. Salí al exterior.

Era un tranquilo día de otoño. La dulzura del aire, que parecía cuidar de que las hojas marchitas permanecieran aún un poco más unidas al tronco maternal, me llenó de una alegría maravillosa.

Siempre había sido sagrado para mí un círculo de plátanos, desde donde uno podía asomarse al mar más allá de la rocosa costa. Allí me senté un rato y luego estuve paseando por los alrededores.

Había sido una hermosa tarde, y ningún sonido se escuchó por el lugar.

*Ahí llegué a ser lo que ahora soy. Desde el corazón del bosque, algo parecía exhortarme, gritarme desde lo profundo de la tierra y del mar, ¿por qué tú no me amas?*

Desde entonces, ya no pude seguir pensando más como pensaba antes; el mundo se me había vuelto más sagrado, pero también más misterioso. Nuevos pensamientos, que conmovían lo más íntimo de mí, resplandecieron como llamas a través de mi alma. No me era posible retenerlos, ni meditar tranquilamente sobre ellos.

Dejé mi patria para encontrar, más allá del mar, la Verdad.

¡Cómo latía mi corazón, lleno de grandes esperanzas!

No te encontré nada más que a tí. Te lo digo en serio, Belarmino. Tampoco tú encontraste a nadie más que a mí. HWB,

Nosotros no somos nada; aquéllo que buscamos, lo es Todo.

Aún sigo presintiendo, mas sin encontrar nada.

Pregunto a las estrellas, y éstas callan; pregunto al día y a la noche, pero no me responden. En mí mismo, si me interrogo, sólo suenan místicas sentencias, sueños sin interpretación.

A menudo mi corazón se complace en este crepúsculo. No sé qué es lo que me pasa cuando contemplo la insondable Naturaleza; pero son sagradas y felices lágrimas las que yo derramo ante ésa mi Bienamada, cubierta de velos. Todo mi ser enmudece y escucha, cuando el leve y misterioso soplo de la tarde me envuelve. Perdido en las lejanías azules, con frecuencia elevo mis ojos hacia el Eter, o los inclino sobre el mar sagrado; entonces, me parece como si se abriera ante mí la puerta de lo Invisible y yo me diluyese junto con todo lo que me rodea, hasta que un ruido en los matorrales me despierta de esta bienaventurada muerte y me hace volver de mala gana al lugar de donde partí.

Mi corazón se complace en este crepúsculo. ¿Por qué no puedo descansar en él?

Recientemente, ví a un niño acostado junto al camino. La madre, que velaba por él, había extendido con cuidado una tela sobre su cabeza, para que durmiese dulcemente a la sombra y el sol no le deslumbrara. Pero el niño no quería permanecer así, se quitó la tela de encima, y ví cómo intentaba mirar a la amistosa luz y de nuevo volvía a intentarlo, hasta que los ojos le dolían y, llorando, giraba su rostro hacia el suelo.

¡Pobre niño!, pensé; a otros no les va mejor, y yo casi he estado dispuesto a renunciar a esta audaz curiosidad. ¡Pero no puedo hacerlo! No tengo derecho.

Ha de desvelarse algún día el gran misterio, del que espero la vida, o la muerte.